**Transmigraciones**

**Año nuevo, agua nueva**

Escribe Sara Gallardo (a bordo del *Lago Argentino*, E.L.M.A., viaje 34)

 Recuerden que existe el agua, váyanse al mar. Con este consejo empieza *La Ballena Blanca*. Yo obedecí.

 No que lo aconseje a todo el mundo Herman Melville, su querido -póstumamente- autor. Sólo recuerda que existe este remedio para el spleen. Ojalá pudiera repetirles las palabras exactas, pero están en la primera página, búsquenlas. Verán que recomienda algo por el estilo de: cuando se sientan amojosaos hasta los caracuses no se suiciden, no maten a nadie, váyanse al mar. Yo obedecí. Agradezcan que no los haya matado, y agradezcan -más aún- que no me haya suicidado, pues a decir verdad no se sabe qué es peor: si dejar de vivir o dejar de leer esta página.

 Obedecía a Melville, sí, señores; recordé que existe el mar (y existe, puedo asegurarles).

 Aparte -o junto- de los lamentables quince años en un rincón del corazón todos conservamos un grumete fallido en otro -¿el mismo?- rincón. Ni Barnard podría extirparlo. Que pruebe nomás. Todos, madres prolíficas con el sueño atrasado, oficinistas de bigote lacio, barrenderos fieles, conservamos, como un yuyo pálido por la falta de sol, inadvertido a veces pero pertinaz, el sentimiento de que si un día hacemos el hatillo (hatillo parece la palabra obligatoria para el caso; ya saben, un pañuelo, tres pilchas adentro, y unos nudos) y caminamos hacia Dársena A, todo será posible. Todo, el agua azul y el olvido, el Ave Roc y los diamantes. O los colmillos definitivos de Moby Dick. Un dato, y perdónenme: ya no es factible engancharse como grumete el día de la suprema mufa. De veras, perdónenme la revelación: deberán cumplir un año en la Escuela de Marinería antes de hacer el hatillo. O ser periodistas de *Confirmado* (esta frase la pongo deseando que la lea el Director).

 Grumete fallido. De él -¿de quién, si no?- son todas las manos que al mediodía del 31 asoman por las grietas humeantes de la cordillera que habitamos y tiran papeles, boletas. Grilletes y cepos que nievan como un copioso y roñoso antimaná, y después, durante meses, agitan sus tentáculos grises desde los cables de electricidad para recordar a los ciudadanos aquel instante. El instante en que el grumete prisionero se levantó de un salto y pensó Año Nuevo Vida Nueva y agarró todos los papeles -inútiles- y los tiró por la ventana. Sí, los inútiles. No los verdaderos grilletes, los expedientes y las cosas horribles de las oficinas horribles, sino sus simulacros. No importa. No seamos crueles. Primero, que de símbolos vive el hombre. Segundo, que ¿quién dijo que los grumetes no son tímidos, al principio?

 Pero yo obedecí a Melville. Recordé que existe el agua, me fui al mar. Y puedo asegurarles que existe, que es azul, centelleante, indiferente. Que no le importa hamacar en su respiración de dormido o distraído, tragarnos en un momento de bostezo, hundirnos al rascarse la barriga o soportarnos inadvertidos.

 Queridos, si quieren saberlo, no me alegró dejarlos ahí cuando el barco hizo TUUU y empezó a irse. Sólo me alegró, si me disculpan, estar yo adentro del barco, y si les gusta el psicoanálisis puedo decirles que me sentí culpable (un poquito). Porque si vieran: Buenos Aires bella, asquerosa y amada se quedaba allí como un hongo de smog y luces, y uno, TIIII, uno, bueno, había recordado que existe el mar. Y se iba a buscarlo.

 Bueno, les aseguro que existe. Les aseguro que ni siquiera se digna mezclar con el río. Diferente densidad, dice el Jefe de Cubierta, un caballero marino que se llama Reynoso. Sin duda. Hasta aquí agua marrón. Desde aquí agua azul. O verde, según el humor del que les dije (el mar).

 Por eso es que en las próximas semanas este furgón de cola desde donde les hablo se transforma en barco. ¿No sienten un fresquete especial? Si no, no se extrañen: ya costeamos Brasil. Les voy a contar cómo es ir en un barco carguero argentino con diez pasajeros como carga suplementaria. Les voy a contar, también, del Ave Roc y los diamantes, sin tragarme nada, nada. Muy feliz año nuevo.

28 de diciembre de 1971 – revista *Confirmado*